

LA SITUACIÓN ECUMÉNICA EN EUROPA *

(Perspectiva protestante)

1. EUROPA ES RESPONSABLE DE LA OECUMÈNE

La *Oecumène* y Europa –desde el principio, ¡han tenido una relación dinámica! Cuando Pablo siguió la llamada que le conducía hacia Macedonia (Hech 16, 9) comenzó una historia con una dinámica increíble. La Buena Nueva se extendió en Europa como el viento, de Sur a Norte y de Este a Oeste. Hoy, sin el cristianismo, la cultura europea, la historia, la arquitectura y la literatura de Europa serían incomprensibles. Allí donde las Iglesias cristianas han permanecido fieles a su Señor, toda la plenitud de la fe viva se expandió con una creatividad impresionante. Pienso en los monasterios, en los magníficos altares, en la música y en la lengua que cuando la Reforma gana diferentes naciones, se ha convertido gracias a la traducción de la Biblia, en el lenguaje popular. Pero allí donde las Iglesias cristianas se han dejado tentar por la sed de poder, la voluntad de dominación y la ideología, han contribuido a la destrucción y a la falta de respeto del ser humano. Pienso en la caza de brujas, el holocausto y muchas otras bendiciones de la utilización de las armas en Europa.

* Traducción de la lengua francesa al español de la Prof. Dra. Rosa Herrera García. Revisión técnica y teológica del Prof. Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho

Es de Europa de donde partió el cisma del cristianismo mundial, tanto en 1054 como en el siglo XVI. Hasta hoy, la separación entre la Iglesia oriental y la Iglesia occidental y las consecuencias de la Reforma impregnan Europa, pero también a las Iglesias del mundo entero. Somos responsables de ello. Aunque es necesario que busquemos nuestro propio perfil, no tenemos derecho a seguir contribuyendo a que este cisma pese hoy todavía sobre las gentes y merme la fuerza de convicción de la fe. En una época en la que precisamente tantas corrientes religiosas se abren camino en Europa –del Islam al Budismo, del esoterismo a la religión ‘patchwork’- el testimonio común de la fe de los cristianos y cristianas debe ser visible. Sólo podemos, por ejemplo, conducir a buen término el diálogo interreligioso juntos, y no si estamos separados.

Ha sido aquí, en Europa, donde ha arrancado, a comienzos del siglo XX el movimiento ecuménico. Cuando se hizo evidente que las Iglesias en su misión perdían su credibilidad, cuando su concepción diferente de la Iglesia, de la eucaristía y del ministerio predominaba sobre su fe común en Jesucristo. La Conferencia mundial sobre la misión que tuvo lugar en Edimburgo en 1910, la creación del movimiento para una unidad cristiana “práctica” y del movimiento Fe y Constitución, la fundación del Consejo Ecuménico de las Iglesias y de la Conferencia de Iglesias europeas, el Concilio Vaticano II –todos ellos signos de los enormes progresos realizados por nuestras Iglesias en el curso del último siglo para aproximarse unas a otras. En el diálogo teológico, las celebraciones ecuménicas del cuto, la diaconía o las peregrinaciones comunes, han hecho esta experiencia: las cosas que nos unen son más numerosas que las que nos separan. Y esta constatación nos compromete.

- Para las Iglesias europeas, esta historia es fuente de compromiso ecuménico.

2. ATRAVESAMOS UNA FASE DE DESILUSIÓN

En 1999 la Iglesia católica y la Federación luterana mundial firmaron en Augsburg la “Declaración conjunta sobre la justificación”. En sustancia: el modo en que las dos

Iglesias formulan hoy su enseñanza testimonia el hecho de que ellas ya no están preocupadas por las reprobaciones del siglo XVI. La firma el 31 de octubre en Augsburgo de la declaración oficial común ha sido un acontecimiento solemne. Todas las partes implicadas tenían conciencia de que esto no significaba que los dogmas de las diferentes tradiciones reposaban sobre una concepción idéntica. Pero esta firma ha sido saludada como una etapa en el camino inevitable del acercamiento. Una apertura parecía al alcance, según la consigna: esta declaración no va a eliminar las diferencias sino a abrir la posibilidad –al menos tal era nuestra esperanza– de invitarnos mutuamente a compartir la eucaristía. Podemos ser conocedores del hecho de que al menos hayamos llegado a encontrar fórmulas comunes a propósito de una cuestión teológica que, en su época, había roto la unidad.

Pero esta esperanza ha dejado rápidamente lugar al desencanto. En 2000, con la declaración “Dominus Iesus”, la Iglesia católica daba claramente el tono a la intención de los creyentes. A pesar de todos los esfuerzos ecuménicos desplegados, sigue considerándose la única, la verdadera, la santa Iglesia. He aquí un fragmento: “Por el contrario, las Comunidades eclesiales que no han conservado el episcopado válido y la genuina e íntegra sustancia del misterio eucarístico, no son Iglesia en sentido propio; sin embargo, los bautizados en estas Comunidades, por el bautismo han sido incorporados a Cristo y, por lo tanto, están en una cierta comunión, si bien imperfecta, con la Iglesia”.

Citamos entre los actos del Sínodo episcopal de Moscú en agosto de 2000: “La Iglesia ortodoxa es la verdadera Iglesia de Cristo, creada por nuestro Señor y Salvador, reforzada y llena del Espíritu Santo”. O también: “La Iglesia ortodoxa asegura, por boca de los Santos Padres que la salvación sólo puede encontrarse en la Iglesia de Cristo. Sin embargo, las comunidades que han apostatado renunciando a la unidad con la ortodoxia nunca han sido consideradas totalmente privadas de la gracia de Dios...”. Un ejemplo más de una autoafirmación eclesiológica que niega a las otras el derecho a ser la Iglesia en el sentido pleno del término. Desde la época de la Reforma, ortodoxos y reformadores están en diálogo. Aunque aún seguimos siendo extranjeros unos para otros, debemos desarrollar la práctica de una reflexión común. No

obstante, hay hoy entre la Iglesia católica y las Iglesias de la ortodoxia signos claros de acercamiento, aunque muy a menudo, desgraciadamente, éste se realice desmarcándose de las Iglesias de la Reforma.

Principalmente en el marco del Consejo Ecuménico de las Iglesias, las Iglesias ortodoxas acusan en repetidas ocasiones al protestantismo de “proselitismo” y de “occidentalización”. El Consejo Ecuménico atraviesa, por este hecho, una fuerte crisis. Es en el mes próximo, en Porto Alegre, donde podremos constatar en qué medida y cómo puede perfilarse una vía hacia el futuro. Sea como sea, las Iglesias europeas podrían contribuir ampliamente, tanto más cuanto que un gran número de cristianas y de cristianos de los países del Sur no pueden comprender realmente estos desacuerdos.

Está claro que estos recientes desarrollos han moderado considerablemente la euforia de las Iglesias de la Reforma a propósito de Augsburgo 1999. Ellas se consideran como iglesias en el sentido pleno del término. Nuestro ministerio, incluido el episcopado, es un verdadero ministerio en el sentido en que lo entendía Jesucristo. En su obra “Contra Hans Worst” (Wider Hans Worst), en 1541, Lutero expresó sin equívocos que la Iglesia de la Reforma prolonga la Iglesia antigua. Las Iglesias reformadas no son Iglesias nacidas en el siglo XVI, sino las herederas de la Iglesia antigua que han hecho la Reforma. En ese momento, tradiciones de la Iglesia antigua que se remitían a san Agustín incluso se retomaron al gusto de la época. Nosotros nos colocamos en la sucesión apostólica –no en una cadena de imposición de manos sino en la fidelidad a la enseñanza de los apóstoles.

En los años que han seguido, esta desilusión se manifestó en diversos lugares. En Alemania, por ejemplo, la Iglesia evangélica alemana (EKD) publicó un documento titulado ‘Kirchengeeinschaft nach evangelischem Verständnis’ (La comunidad eclesial según la concepción evangélica), un “Votum zum geordneten Miteinander bekenntnisverschiedener Kirchen” (Voto por una coexistencia ordenada de iglesias de confesión diferente). Veamos un fragmento: “Conviene, a este propósito, remarcar que la necesidad y la forma del ministerio de Pedro y el primado del Papa que lleva consigo la concepción de la sucesión apostólica, el no acceso a la ordenación de mujeres, pero también el lugar del derecho

eclesiástico en la Iglesia católica, son realidades que desde el lado evangélico no pueden más que ser contradichas” (p 13).

Los desacuerdos no han tardado en instalarse a diferentes niveles, no sólo a propósito de la concepción de la Iglesia, sino también con relación al ministerio y a la indulgencia, al papa y a la eucaristía, a la eclesiología y a la ética. La ordenación de mujeres y el lenguaje que tiene en cuenta la paridad de hombres y mujeres han proporcionado nuevos temas que se prestan a la controversia.

- Las cuestiones teológicas que dividen a las Iglesias son de nuevo claramente identificables.

3. INTENTOS DE DEMARCACIÓN RECÍPROCA QUE DEBILITAN EL TESTIMONIO COMÚN

En la oración sacerdotal Jesús dice: “No ruego sólo por éstos sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí para que todos sean uno. Como tú Padre en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 20). Así pues, la unidad de nuestras Iglesias no es una idea fija, una invención, sino una obligación bíblica justificada en el testimonio de nuestro Salvador. Jesús nos ha llamado a sucederle. El Resucitado nos ha dado la misión de ir al mundo entero a bautizar a los hombres y las mujeres en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Ha instaurado la eucaristía que nos reúne a su mesa para la *Communio Sanctorum* en el curso de la cual nos convertimos en la comunidad de los santos y tomamos parte en la comunión con la santidad, con el Cristo vivo. Una Iglesia no puede decidir si quiere o no adoptar una orientación ecuménica. Debe buscar la comunión en la fe con sus hermanas y hermanos.

Pero nosotros somos seres humanos. En la concepción evangélica los santos son los que colocan toda su confianza en Dios. Nosotros somos falibles, y la concepción bíblica del hombre lo sabe muy bien. Nuestras tradiciones y convicciones religiosas han atravesado no obstante los siglos y estamos, por así decirlo, atados a ellas. Pero nuestra separación no debe en ningún caso ser un obstáculo para nuestro testimo-

nio. Temo que éste no sea con frecuencia el caso. Buscamos nuestra propia identidad desmarcándonos.

Por lo que se refiere al país de la Reforma, del que procedo, puedo decir que el entendimiento común nos refuerza. Cuando abogamos juntos, la Iglesia evangélica y la Iglesia católica a favor de la justicia social, por ejemplo, (como para el ‘Sozialwort’ de 1997), la sociedad, los medios políticos nos escuchan con más atención. Cuando, como Iglesias celebramos juntos el culto, como con ocasión del congreso ecuménico de Berlín de 2003, es una bendición para toda nuestra sociedad. En los países en los que las Iglesias grandes y pequeñas se enriquecen mutuamente –metodistas, ortodoxos, veterocatólicos y reformados, luteranos y católicos- favorecemos nuestro crecimiento mutuo.

- Para garantizar la credibilidad de nuestro testimonio, debemos reforzar la *Oekumène*. La calumnia recíproca no hace más que debilitarnos.

4. LA ASPIRACIÓN A UNA EUCARISTÍA COMÚN NO PUEDE SER IGNORADA

Una concepción diferente de la Iglesia nos divide. La Confesión de Augsburgo afirma en el Artículo 7: Para que haya una verdadera unidad de la Iglesia cristiana, es suficiente que todos estén de acuerdo con la enseñanza de la doctrina correcta del Evangelio y con la administración de los sacramentos en conformidad con la Palabra divina. Sin embargo para la verdadera unidad de la Iglesia cristiana no es indispensable que uno observe en todos lados los mismos ritos y ceremonias, que son de institución humana...»

Fuertes en esos principios fundamentales, las Iglesias de la Reforma tienen una mayor facilidad que otras para reconocer a otras confesiones como Iglesias. Y como consideramos que es el Cristo resucitado el que nos invita a ello, podemos convidar a todos los miembros bautizados de la Iglesia a compartir el pan y el vino. En la concepción luterana ‘cómo está presente Cristo en el pan y en el vino’ sigue siendo un misterio. Sea como sea, está presente; ‘en, con y bajo’ el pan y el vino Jesús ofrece su cuerpo (consubstanciación). Esta

posición teológica es diferente de la transubstanciación de la Iglesia católica y de la Ortodoxia, pero también de la concepción del pan y el vino de los Reformados. En la situación actual, la concepción de la cena o de la eucaristía varía. Esta variación está estrechamente vinculada a la concepción de la Iglesia y del ministerio. Respeto el hecho de que para muchos compartir la eucaristía sólo es posible a partir del momento en que se haya logrado la unidad de la Iglesia. Por lo que a mí respecta lo veo como un modo de reforzarnos en el camino de la unidad. No participo en una celebración de la eucaristía a la que no he sido explícitamente invitada. Pero también pido que no se me invite a un culto en el que en el momento crucial, se me deja de lado.

A pesar de todas nuestras diferencias reina entre los creyentes en todas las Iglesias una profunda aspiración a poder celebrar juntos la cena. Esto es en mi opinión comprensible y no debería ser ignorado por los teólogos y teólogas. Pues en la Cena lo que se pone de manifiesto es la comunión con Dios y entre nosotros. El hecho de que no podamos celebrarla muestra con agudeza nuestra separación. Y esto es y sigue siendo doloroso.

- La separación en la mesa del Señor es y permanece como un signo doloroso de nuestra división.

5. LA RECONCILIACIÓN MÁS ALLÁ DE NUESTRAS DIFERENCIAS: ÉSTE ES EL OBJETIVO

En el siglo XX las Iglesias europeas han extraído lecciones. Esta Iglesia cristiana que nosotros honramos todos los domingos en nuestra confesión de fe apostólica es una. Una Iglesia santa, cristiana. Es la Iglesia en la que creemos, cuyo ejemplo es Jesús. Esta Iglesia se manifiesta a través de numerosas Iglesias en el mundo entero. Es en la variedad de contextos y de confesiones donde reside la 'Una Sancta', la santa Iglesia cristiana. Cada Iglesia no es más que una provincia de la cristiandad mundial (E. Lange). Entre tanto hay Iglesias que se separan completamente de las diferencias dogmáticas de las Iglesias madres europeas. Se calcula que aproximadamente la mitad de los cristianos y cristianas en el mundo no forman parte de una Iglesia confesional tradicional –católica,

reformada, ortodoxa- sino que pertenecen a grandes movimientos cristianos libres en el movimiento pentecostal. Esto es así especialmente en África y América Latina. Una pastora china me decía recientemente: “Nosotros somos postconfesionales”. ¿Nos damos cuenta de esto? ¿Y qué hacemos nosotros? En nuestras grandes ciudades en Alemania hay, por ejemplo, un número incalculable de parroquias compuestas por fieles extranjeros que existen aparentemente fuera de nuestro campo de visión y celebran el culto. Este fenómeno representa un desafío para las confesiones tradicionales. Dudo que estemos verdaderamente preparados para esto.

Una tarea central que incumbe hoy a las Iglesias europeas es el fortalecimiento de la fe. Mucha gente ya no conoce la Biblia, los niños no son educados en la fe cristiana, los jóvenes están desorientados, los rituales han caído en el olvido, la asistencia a los servicios religiosos es débil. Es importante asumir juntos este desafío y atrevernos a una renovación misionera en Europa. No deberíamos subestimar nuestras tradiciones y nuestras raíces. La teología de nuestros padres y madres, su experiencia de Dios en Europa pueden aportar frutos para nosotros hoy. La fe bíblica, la espiritualidad cristiana, tesoros que podemos ofrecer como orientación a la joven generación europea. Y esto aporta frutos: peregrinación, silencio, meditación, oración –todo esto es de nuevo demandado en estos últimos años.

- Las Iglesias tradicionales con sus convicciones confesionales se encuentran abocadas, juntas, a inmensos desafíos.

6. EUROPA NECESITA LA VOZ COMÚN DE LAS IGLESIAS

Encuentro doloroso el hecho de que Europa conozca tan poco sus raíces. El año pasado hubo un reflejo de miedo y de rechazo, cuando el Primer ministro turco Erdogan puso a Europa en guardia contra una mentalidad de ‘club cristiano’. Rápidamente se exigió que la Comunidad europea encontrase un nuevo concepto identitario, lejos de las raíces judeo-cristianas y orientado hacia una federación de intereses exclusivamente políticos, económicos o relativos a

la seguridad¹. Y en el debate sobre el Preámbulo de la Constitución de la UE se ha insistido con fuerza en el hecho de que no era necesario hacer referencia a Dios y que las raíces judeo-cristianas de Europa no debían ser mencionadas. Pero ¿qué hay de grave en el hecho de tener estas raíces? ¿Por qué debería dar miedo una referencia a Dios? Y ¿por qué la denominación 'club cristiano' sería injuriosa? Evidentemente hay condiciones para entrar en este club, pero es posible adherirse a él. Las condiciones de admisión derivan de la herencia cristiana: la misma dignidad para todos los seres humanos y la igualdad entre el hombre y la mujer. Estos valores derivan del Génesis que explica que el ser humano ha sido creado a imagen de Dios y del testimonio de Cristo que abolió nuestras diferencias (Gal 3, 28).

Estoy convencida de que la división de la cristiandad contribuye a que Europa prefiera en muchas ocasiones no valerse de sus raíces cristianas. Es precisamente en los grandes desafíos de nuestros tiempos en los que deberíamos esforzarnos por encontrar posiciones comunes. Hacerse mutuamente reproches del tipo: los unos están demasiado secularizados y los otros 'pre-racionalistas' no ayuda nada. Lo que aquí está en cuestión es aprender unos de otros. Somos la Iglesia del siglo XXI. La Iglesia no se ha parado nunca en la evolución de su tiempo y cuando lo ha hecho, ha debido más de una vez rectificar *a posteriori* el tiro. La Iglesia no puede separarse totalmente del resto del mundo. La Iglesia es siempre Iglesia en el contexto de su época. Es el único modo de que sea creíble.

Así, deberíamos hoy buscar posiciones comunes en Europa sobre la ingeniería genética, la eutanasia, la política en materia de fuentes de energía. Juntos deberíamos denunciar vivamente el *dumping* de los salarios, la prostitución forzada, la miseria de los niños y los refugiados. Nos hemos comprometido en la Carta ecuménica a mantenernos al corriente de los objetivos y metas en el marco de la responsabilidad social. Nos hemos comprometido igualmente a presentar, juntos, en la medida de lo posible, los puntos de vista y metas de las Iglesias de cara a las instituciones seculares europeas (III, 7). Estamos llamados a tomar el relevo. No trabajaremos

1 Cf. www.zdf.de/ZDFde/inhalt/27/0,1872,2106171,00.html.

condenando a las gentes sino estando al lado de los que nos necesitan.

- Por el bien de las poblaciones europeas, debemos encontrar posiciones comunes sobre cuestiones de orden ético.

7. EL MUNDO NECESITA UN DEFENSOR ECUMÉNICO CREÍBLE A FAVOR DE LA JUSTICIA Y DE LA PAZ –QUE VENGA PRECISAMENTE DE EUROPA.

Vivimos en un mundo en el que reina una dramática injusticia. Y esta constatación es válida en el interior de Europa. Las condiciones de vida en Lituania no son comparables a las que reinan en Francia. Y esto es tanto más verdadero porque, para nosotros, las Iglesias, Europa no termina en las fronteras de la UE. Es urgente que nos moviliemos por una mayor justicia en Europa porque consideramos que somos hermanos y hermanas.

Y nuestro compromiso no debe limitarse a Europa. África, Asia, América Latina no son continentes lejanos. Forman parte del mundo de Dios. Los refugiados en las fronteras de Marruecos, en Lampedusa, en aviones o barcos en dirección a Alemania- también ellos son nuestros hermanos y hermanas. El término *oikoumene* significa ‘espacio habitable de la superficie terrestre’. Formamos parte del mundo que Dios ha creado. Las Iglesias son el primer movimiento de mundialización. Pero tienen en mente una mundialización que proporciona una parte central a la dignidad de cada ser humano creado a imagen de Dios.

En cuanto Iglesias deberíamos incitar a Europa a extraer las lecciones de las guerras pasadas y tomar posiciones masivamente a favor de la paz. Esto implica poner fin a las exportaciones de armamento, a la producción de minas anti-persona. Y nosotros lo sabemos: hoy la humanidad debe desarrollar la voluntad de compartir unos con otros en el mundo en el que vivimos. Un gran número de habitantes del hemisferio sur considera a Europa como un continente que explota a los otros, aspirando a ser predominante en la era de la mundialización como lo fue en la del colonialismo. Las Igle-

sias de Europa están llamadas a aportar un testimonio creíble de entendimiento y solidaridad entre el norte y el sur.

- De la misma manera que la unidad de la Iglesia, la unidad de la humanidad queda inscrita en el orden del día de la *Oecumène* en Europa.

La situación ecuménica está abierta y representa para nosotros en cuanto Iglesias un desafío. Siempre seré evangélica luterana. El *sola fide, sola gratia, solus Christus* está profundamente arraigado en mí. Hay muchos aspectos de otras confesiones que me resultan extraños. Pero me siento más próxima de cada cristiano y de cada cristiana que de los creyentes de otras confesiones o los ateos. Porque nosotros tenemos en común esta esperanza que colocamos en el Padre de Jesucristo, en el futuro de Dios cuando él enjugará todas las lágrimas, la muerte ya no existirá, no habrá ya duelo, ni llanto, ni sufrimiento (Ap 21, 4). Sí, las cosas que nos vinculan son más numerosas que las que nos separan. Creemos que Jesucristo es el camino, la verdad y la vida. Yo puedo aprender de los católicos a nivel de la alegría de vivir y de la espiritualidad; de los ortodoxos, lo que tiene que ver con el carácter solemne de la liturgia. Pienso que ellos pueden encontrar en el protestantismo cosas interesantes en lo que concierne a la importancia de la Biblia y la responsabilidad de la conciencia individual. Es posible que el siglo de la *Oecumène* ceda el paso a la desilusión: nosotros seguiremos siendo diferentes. Pero esperamos que la conciencia profunda de la comunión siga adelante. La descendencia es tan múltiple como los primeros discípulos: De Susana a Pedro, de Pablo a Lidia. Estoy persuadida de que el Espíritu de Dios llena las Iglesias europeas con la fuerza necesaria para aportar este testimonio común. La Tercera Asamblea Ecuménica Europea puede ser un poderoso símbolo de esto.

Gracias por vuestra atención.

Roma, 24 de enero de 2006

Por la obispo Dr. MARGOT KÄSSMANN
Iglesia luterana de Alemania

